

***Hijos de los 70: Historias de la generación que heredó la tragedia argentina.* Carolina Arenes y Astrid Pikielny. 2016. Buenos Aires: Sudamericana. 350 páginas.**

A 40 años del retorno a una forma de gobierno democrática y constitucional, la dictadura constituye un pasado que aún denota en el presente de los argentinos. Cruentísimos sucesos como la violación de derechos humanos, la supresión de la libertad y voluntad individuales, provocaron profundas heridas a nivel cívico-social, ético moral y psicológico. Los errores cometidos en aquellos años, con énfasis el período comprendido entre 1976 y 1983, repercutieron no sólo en la generación protagonista, sino también en los sucesores de la tragedia.

Hijos y nietos de militantes, represores, sindicalistas, empresarios, intelectuales, militares, comandantes, entre otros, son los herederos de una historia de opresión y deshumanización, de torturas y silenciamiento, accionares violentos provocados tanto por el gobierno de facto como por parte de los grupos de resistencia. Los puntos de vista son diversos, por lo que los relatos proliferan, así como los espacios buscados para probar *decir lo indecible*, exorcizar los traumas arraigados.

Por medio de un enfoque periodístico literario, Carolina Arenes y Astrid Pikielny, integrantes del diario *La Nación*, decidieron abrir un espacio discursivo de diálogo a aquellas voces aún poco interrogadas acerca del último gobierno militar: las de los descendientes de la generación de los años 70, perspectiva cuyo principal antecedente lo constituye *La Guardería Montonera* de la periodista Analía Argento, libro que aúna las vivencias de los niños criados en Cuba, en el exilio, cuyos padres conformaban las fuerzas contraofensivas militantes en Argentina.

Hijos de los 70 contiene veintitrés historias recogidas, entre los años 2010 y 2015, por medio de entrevistas personales. Un arduo trabajo de recolección de los testimonios de hombres y mujeres hijos de desaparecidos Félix Bruzzone y Eva

Daniela Donda, de padres militantes, en su mayoría de inclinación política peronista o incluso pertenecientes al partido (Mario Javier Firmenich, Mariana Eva Leis, Atilio y Patricia López, Mariano Pujadas, Luciana Ogando, Hernán Vaca Narvaja, Claudia Rucci, Alberto Saavedra). Otros son los nacidos en la clandestinidad y apropiados ilegítimamente por las familias del bando contrario: los dirigentes del estado, integrantes del Ejército Nacional y de las Fuerzas Armadas, comandantes y oficiales de alto rango, jefes de la policía (Eva Daniela Donda) o descendientes de jueces, civiles volcados a la causa de la dictadura (Jaime Smart). También se hallan las voces de hijos naturales de militares, sujetos a quienes les cuesta en mayor medida poder reconocer la carga de culpabilidad de sus progenitores (semblanza anónima de la hija de un general, Luis Alberto Quijano y Malena Gandolfo), como así también aquellos que asumen una posición más firme al respecto, ya sea en contra o en un intento por asimilar la tragedia que pesa sobre el pasado familiar (Diego Molina Pico y Analía Kalinec).

Una incorporación interesante que resulta de contrapunto a la dualidad *dictadura/militancia* es el grupo de confesiones pertenecientes a hijos de civiles y sujetos destacados de la sociedad, desaparecidos o asesinados por su influencia socio-económica o por ser señalados públicamente como pensadores de izquierda, o anticomunistas (los hermanos Dupont, Delia Lozano y José María Sacheri). El denotado contraste ideológico da muestras del complejo entramado social de los años setenta, un reflejo del choque de pareceres de los diferentes sectores integrantes del último golpe de facto que ahondó la grieta política, social y cívica presente hasta entonces, cuya sombra se proyecta en la actualidad del país.

El proceso de verbalizar lo nefasto, contar lo siniestro, resulta engorroso y difícil. Como sostiene Leonor Arfuch, “El *espacio biográfico* altera decisivamente, como ya dijimos, las esferas clásicas de lo público y lo privado para delinear una nueva intimidad *pública*” (2014: 70). Esta aseveración resulta adecuada al pensar el trabajo escriturario de Arenes y Pikielny ya que las historias presentadas viran entre los límites del género biográfico, el autobiográfico, la memoria, el testimonio, los relatos de vida. Es decir, no se ven determinadas por formas canónicas que impiden dar cuenta de otras verdades, ni de las libertades de la memoria y la imaginación humanas, sobre todo considerando que se tratan de confesiones traumáticas. Asimismo, los cruces entre los polos de lo *público*, lo *privado* y lo *íntimo* constituyen

nuevas formas de configurar identidades en crisis, enigmáticas, que precisan de fronteras porosas entre los espacios del decir para lograr transmitir historias duras, de omisión, que imbrican los tres ámbitos.

Las autoras aportan a la escritura sobre dictadura nuevos matices de una guerra civil cruenta, revelando el reverso de los relatos oficiales. Entretejer los puntos de vista de diferentes hijos e hijas que heredaron el conflicto y la violencia de sus padres se constituye como gesto revolucionario y contemporáneo. Un guiño que continúa los pedidos de justicia en los Juicios, y que complementa la labor emprendida desde *Nunca más*.

El presente dialoga con el pasado en un espacio narrativo atravesado por la temporalidad. Los recuerdos chocan con los sucesos trágicos que buscan esconderse, ocultarse, por lo que la tarea de reconstruir subjetividades conflictivas resulta ardua. Sólo la memoria colectiva que fluctúa con el olvido, entre las dimensiones pública y privada, se constituye como acto terapéutico al penetrar en una intimidad insospechada. Intentos de sanación que pueden hallarse al conjeturar sobre los grandes enigmas de los setenta, como los pedidos de justicia por los crímenes de lesa humanidad cometidos, el porqué de proceder criminales, de tortura y silenciamiento, o al plantear el interrogante más concreto y sentido, dónde están los cuerpos de los familiares desaparecidos.

Los testimonios son la prueba del choque de pareceres entre padres e hijos. A veces se perciben en un tono débil, otros poseen una postura más firme. El parricidio no sólo se dio a un nivel físico, sino también simbólico, por lo que se construyen caminos de búsqueda marcados por las pérdidas, la orfandad, la tragedia, el resentimiento y los deseos de justicia.

Desde el prólogo, útil antesala que presenta y contextualiza las historias, *Hijos* se constituye como un libro de espacio testimonial, de interacción y diálogo producto de una lectura compulsiva que conecta relatos que en principio parecen disímiles. Si bien muchas posturas difieren entre sí y quizás nunca lleguen a común acuerdo, acceden a caminos de reconciliación de clave abierta, donde la palabra de todos se hace oír, interpelándose en matices. “Se trata de una reunión de voces que no es una conversación –porque los entrevistados no dialogan entre sí– pero que, sin embargo, también podría leerse, de algún modo, como una conversación” (Arenes; Pikielny, 2016: 11).

En la sección *En el nombre del padre*, se recuerda la imagen del apretón de manos entre Aníbal Guevara –hijo de un ex teniente coronel (RE)– y Mariano Tripiana –hijo de un dirigente montonero– durante una entrevista conjunta, cargada de respeto y apaciguamiento, aquella que no volvió a repetirse por diferencias irreconciliables. Dentro del texto, ese apretón es posible. Un cruce de pensamientos y relatos que permite pensar la construcción de un época, cuáles son los términos de la democracia actual, hasta dónde llega el amor filial, pero sobre todo, qué define la identidad de nuestro país.

Tamara Mikus
Universidad Nacional de Tucumán